



La Encíclica *Fides et Ratio* Presentación y Comentarios*

Mons. Manuel UREÑA PASTOR

Obispo de Cartagena
Presidente del CETEP, Murcia

INTRODUCCIÓN

Muchas gracias a todos por esta presentación que el padre Pedro acaba de hacer y también a D. Ginés Pagán porque esto me lo comunicó hace una semana, el día mismo en que él tomó posesión como Director del Centro el día de San Fulgencio, y entonces me hizo ese regalo, ya que es un regalo el dar la conferencia el día de Santo Tomás. Así que muy agradecido, Ginés, por esa cordialidad. Y muy agradecido al señor Rector y a todos vosotros por la invitación a participar en la fiesta de Santo Tomás.

Vamos a ver si en media hora, porque ya llevamos mucho rato de fiesta, damos unas cuantas ideas sobre la *Fides et Ratio*, la última Encíclica del Papa Juan Pablo II. En mi tierra, que casi es la vuestra, ahí en la Serranía de Alcoy, que no dista mucho de aquí, dicen que «en tiempos de melones, cortos los sermones»; pues aquí podemos decir que «en tiempo de habas, cortas parrafadas»; estamos en tiempo de habas.

La Encíclica *Fides et Ratio*, publicada en otoño del año pasado, es una Encíclica que realmente hacía mucha falta que se publicara. Lo mismo que en su momento fue muy necesaria y era muy esperada la *Veritatis Splendor*, pues también hacía mucha falta que se publicase una Encíclica sobre este binomio, sobre la relación de la Fe con la Razón, que por otra parte es un tema clásico, un tema intrínseco al mismo cristianismo. Por tanto no es una cuestión periférica, sino una cuestión intrínseca a las características trascendentales de la Fe cristiana.

Y hacía falta precisamente por los signos del tiempo presente, por los problemas habidos particularmente en los últimos treinta años. Pero problemas que arrancan de viejo, problemas que estarán siempre planteados. La Fe y la Razón es un tema que en cada época histórica tendrá

* Conferencia pronunciada en Murcia, en el Aula Magna del CETEP, el 28 de enero de 1999, festividad de Santo Tomás de Aquino.

que afrontarse. Sencillamente por las características de la Fe, porque la Fe cristiana es una Fe que se vive siempre en tensión.

El tema de la Fe y de la Razón es un tema de nuestro tiempo, en el que se plantea desde una coyuntura muy determinada, pero fue un tema de principios de siglo, donde se planteaba o en el momento en el que se planteaba desde otra coyuntura intelectual determinada. Pero fue tema de estudio del Concilio Vaticano I, en donde este tema se planteaba desde otra coyuntura determinada. Y es un tema que está planteado ya en la misma Biblia. ¿Y por qué está planteado? Sencillamente por las características, repito, trascendentales, esenciales y «a priori», de la Fe cristiana.

La Fe cristiana, que es una Fe monoteísta y por tanto derivada de una religión monoteísta, presenta tres características fundamentales; muchas más, pero hay tres que son singulares.

I. ALTERIDAD CONSTITUTIVA DE LA FE

En primer lugar, la Fe cristiana se presenta como un don que le viene dado al hombre por pura Gracia y por tanto desde fuera del hombre. Es un don, por tanto, que es indeducible a partir de la immanencia del hombre. Porque si la Fe cristiana fuese un don que fuera deducible a partir de la experiencia humana, dejaría de tener su gratuidad, ya no sería gratuita. La Fe es algo que viene de fuera del hombre al hombre. Esa es la primera característica, la gratuidad de la Fe cristiana. La Fe cristiana no es nunca fruto de una experiencia religiosa del hombre. Tampoco es fruto de una experiencia intelectual del hombre. En ese defecto ha caído siempre el así llamado inmanentismo teológico. El padre Rahner, con gran cautela y con esa escrupulosidad de conceptos que le caracteriza, afirma que la Fe cristiana es don de Cristo, aunque hay condiciones de posibilidad existentes en el sujeto para una determinada comprensión del objeto, de ese dato; sin embargo no están en el sujeto todas las condiciones de posibilidad de comprensión del objeto; y, por supuesto, no es un don que brote de la experiencia del hombre de tal forma que la Escritura y la Tradición fueran simplemente corroboraciones «a posteriori» de una realidad ya «a priori» detectada y descubierta por la propia experiencia. Son análisis muy importantes de Rahner. El don de la Fe presenta una alteridad tal, dice Rahner desde la mejor tradición católica de pensamiento, que es un don indeducible a partir de la experiencia del hombre. De tal forma que la Fe cristiana no puede ser considerada, dice Rahner en contra de todo el modernismo teológico, no puede ser considerada como una corroboración «a posteriori» de algo deducido «a priori» de la experiencia del hombre. Esa es la primera característica de la Fe señalada tan perfectamente por el positivismo teológico. Lo que pasa es que el positivismo teológico abusa de la afirmación de la gratuidad de la Fe y extrapola de tal modo la gratuidad de la Fe, que convierte a la Fe en un cuerpo extraño dentro de la experiencia humana, de tal forma que destruye la experiencia humana y aniquila y anula al mismo hombre por convertirse en un cuerpo extraño.

Karl Barth, al frente de todo el positivismo teológico, afirma de tal modo la gratuidad de la Fe que destruye la esencia misma de la Fe. Pero lo cierto es que la característica peculiar y fundamental de la Fe cristiana es que es un don dado por Dios al hombre, un don venido desde fuera del hombre al hombre.

II. UNIVERSALIDAD DE LA FE

Si solamente esa fuera la característica de la Fe cristiana no pasaría nada, porque, efectivamente, la Fe cristiana sería un don, algo dado desde fuera del hombre al hombre, que estaría ahí y que podría ser objeto de nuestra curiosidad u objeto de nuestra contemplación. Y por tanto lo entenderíamos o no lo entenderíamos, lo aceptaríamos o no lo aceptaríamos, no pasaría nada.

Pero ya Blondel, en el siglo pasado, en *L'Action*, y después en el año 1893 en *La Lettre sur l'Apologétique*, en la *Carta sobre la Apologética*, nos dice que el tema está en que esa Fe, venida desde fuera del hombre al hombre, es una Fe que increpa y que interpela al mismo hombre. Una Fe que pone al descubierto el pecado del hombre. Una Fe religante, porque incita e impele al sujeto a definirse y a dar una respuesta positiva o negativa de cara a ella. Son las palabras de Cristo: «El que no está conmigo, está contra mí».

Es una Fe, por tanto, venida desde fuera, pero que entra en la experiencia del hombre y urge a la experiencia del hombre a una respuesta, positiva o negativa, pero a una respuesta. Es una Fe que involucra a todo el ser humano y le conmina a una respuesta. Se comprenden las palabras de Fernando Savater, el filósofo: «yo no puedo creer en un Dios que intente religar mi existencia, en ese Dios no puedo creer». Un Dios deísta, por ejemplo, objeto de la pura contemplación, podría ser creído; pero no un Dios que intente cogermelo desde dentro y religarme desde dentro, una Fe que pretenda ofrecerse como salvación, como única salvación para todos los hombres, además; porque el universalismo es otra característica de la Fe cristiana. Es una Fe venida de fuera, pero una Fe que increpa, interpela a una respuesta al hombre, a todos los hombres y de cara a una salvación total del hombre. De tal forma que es una Fe que le dice al hombre: «solamente en mí está la salvación y la vida, porque fuera de mí no hay salvación para nadie». Las palabras del Deuteronomio: «amarás al señor tu Dios con todo tu corazón, con toda la mente, con todo tu ser; no te crearás ídolos de ninguna índole; porque solamente yo soy Yahvé», o son las características de Dios, preexistente y eterno, tal y como las presenta San Juan en el Prólogo. Esa Palabra preexistente y eterna que estaba desde la eternidad en la inmanencia del Padre y que ahora, en la plenitud de los tiempos, se ha hecho carne en Jesús. «Sí, Todo, como dice Von Balthasar, se ha objetivado en el fragmento, de tal forma que el fragmento tiene el Todo, y desde el fragmento hay que acceder al Todo». Cuidado, lo que significa que el Verbo de Dios preexistente y eterno se haya hecho carne y que esa carne, la cual ha contenido el Verbo de Dios, esa carne se haya convertido en el gran signo levantado ante todas las naciones, a partir del cual y desde el cual y a través del cual se puede llegar a conocer la faz del Padre. Son serias las exigencias de la Fe cristiana. Su alteridad constitutiva; en segundo lugar, su universalidad, su carácter de obligatoriedad.

III. LA FE EXCEDE LA MENTE DEL HOMBRE

En tercer lugar, tercera característica de la Fe cristiana: se trata de una Fe, en correspondencia con su primera característica trascendental, que no cabe dentro de las entendederas del hombre, dentro de la mente del hombre. Porque si Dios cupiera en la mente del hombre, entonces perdería su capacidad interpellante e increpativa; porque nada que nazca de nosotros puede tener carácter interpellante e increpativo, lo percibimos como obvio, como natural. Pero además perdería su alteridad y no tendría tampoco carácter soteriológico o salvador, porque el

hombre no puede salvarse a sí mismo. Por tanto, el hombre, la experiencia del hombre situado ante la revelación cristiana, se encuentra el hombre ante una realidad que le viene dada, una realidad ante la cual él no puede permanecer al margen porque es que esa realidad le urge, le interpela y le increpa, y además es una realidad que no cabe en la mente del hombre, que excede las posibilidades de comprensión del ser humano.

IV. QUÉ HACER

¿Qué hacer ante esa realidad? Ante esa realidad que viene de fuera, caben tres posibilidades. Una primera posición es aceptar acriticamente, por tanto con una Fe de carbonero, la realidad que me viene dada desde fuera. Esa ha sido la tentación a lo largo de toda la historia del pensamiento teológico y filosófico, la tentación del fideísmo y la tentación, aunque es distinta, del positivismo teológico. La tentación del fideísmo, es decir, abrazar la Fe cristiana con una Fe fiducial, con una confianza total; o la del positivismo, que parte del supuesto de que la revelación positiva del amor de Dios está en las antípodas del ser humano. De tal forma que el hombre tiene que autoaniquilarse a sí mismo para aceptar la revelación que Dios le da. Es una comprensión del tema en términos de blanco y de negro. Dios nos da un don para la salvación del hombre y ese don sorprende al hombre siendo «*tanquam truncus et lapis*», como un tronco, como una piedra, según la famosa expresión de San Roberto Belarmino, con la cual quería explicar la justificación protestante.

El hombre tiene por tanto que renunciar a su autonomía legítima, tiene que renunciar a las exigencias de su inteligencia, a las exigencias de su voluntad libre, tiene que tomar conciencia de su nada; para que, de ese modo, en esa nada brille de un modo absoluto la Gloria de Dios o la Revelación de Dios. Esa posición ha sido siempre condenada por la Iglesia. Y ha sido siempre condenada por la Iglesia, el fideísmo está condenado como una herejía por la Iglesia y el positivismo teológico también, porque no respetan la legítima autonomía del hombre.

Pretendiendo salvaguardar la alteridad de la Revelación se carga el positivismo teológico al hombre, cuando la Revelación afirma la legítima autonomía del hombre. Se trata por tanto de no ser fiel a la Revelación pretendiendo ser fiel a la Revelación, porque un dato intrínseco de la Revelación es afirmar una autonomía legítima en el hombre.

La otra posición está en las antípodas de ésta. Estaría representada por lo que podríamos llamar el inmanentismo teológico. El inmanentismo teológico que conoce muchas variantes a lo largo de la historia. Una primera variante está representada, como todos sabéis, por la Gnosis de los siglos II y III. Esa tendencia del inmanentismo filosófico-teológico, intenta compatibilizar y hacer explicables esas tres características de la Revelación judeocristiana, negando la alteridad constitutiva de la religión judeocristiana y afirmando que el dato revelado, el dato dado por Dios, es un dato que el hombre puede esclarecer por sí mismo, que la mente humana tiene capacidad para comprenderlo. Incluso, en las formas, digamos, más superiores de racionalismo, como es el caso por ejemplo de Hegel, se llega a afirmar que, en realidad, ese dato venido del exterior, no solamente es comprensible por el espíritu humano, es que además es fruto del devenir propio del espíritu humano. De tal forma, dice Hegel, que aquellos objetos, aquellas esencias, que hasta ahora, hasta el tiempo de la Ilustración superior, que es la Ilustración en la que él tiene conciencia de estar viviendo, aquellas cosas que antes percibíamos como venidas desde fuera, ha correspondido a la Ilustración mostrar que en realidad no presentan

ningún tipo de alteridad, porque no son más que el espíritu humano devenido autoconsciente.

Algo ya había dicho Kant en *La religión en los límites de la pura razón*, cuando presenta el precepto evangélico y el decálogo mosaico como una presentación rupestre, como si dijéramos, o preilustrada del imperativo categórico kantiano. Restos no ilustrados, sino precientíficamente presentados del imperativo categórico o de los postulados de la razón práctica, podrían encontrarse, dice Kant, ya en el Evangelio de Cristo. De forma que el Cristianismo sería una especie de presentación, repito, rupestre o precientífica del imperativo categórico.

Por tanto, el positivismo teológico, para salvar las características trascendentales de la Fe, aniquila al hombre y por tanto rompe y destruye su autonomía. Por el contrario, el inmanentismo teológico, precisamente para salvar la autonomía del hombre ante una revelación venida desde fuera, interpelante y que además no cabe en la mente humana, acaba negando la alteridad de la revelación. En consecuencia ni el inmanentismo ni el positivismo teológico, han sido nunca aceptados por la Iglesia. La actitud verdadera ante las tres características trascendentales de la Fe, que hemos descrito, es la que ha adoptado siempre la Iglesia.

V. ACTITUD: CONCILIAR

La Iglesia encuentra expresión de su actitud, y una expresión lograda, en los grandes textos del magisterio de la Iglesia y en los grandes Padres, Teólogos y Pensadores de la Iglesia como Orígenes, pongamos por caso, como Agustín de Hipona, como Tomás de Aquino o San Buenaventura o, metiéndonos ya en la modernidad, Blondel o Rahner o Pzywara o Hans Urs von Balthasar, por citar algunos hitos pertenecientes a distintas épocas.

La actitud es conciliar de tal modo, o llegar a una síntesis de las tres características fundamentales de la revelación cristiana de tal modo que se salven la heteronomía del dato, la alteridad mejor dicho del dato, y que se salve la legítima autonomía del hombre.

¿Cómo ha procedido la teología católica a la hora de conciliar esos tres datos o esas tres características fundamentales de la Fe cristiana? Como dice la Encíclica *Fides et Ratio*, «distinguiendo las dos alas, así comienza la introducción de la Encíclica, a través de las cuales el hombre llega a la captación de la esencia de la revelación judeocristiana». «El hombre es un ser autónomo», dice la *Gaudium et Spes* en su número 36, «pero no sólo autónomo; el hombre es autónomo y heterónimo a la vez». Una consideración del hombre, una consideración no ideologizada del hombre; por tanto, cuando el hombre se aproxima a su misterio y al misterio de la realidad y se aproxima sin «a prioris», sin ideologías, sino intentando ser fiel al principio de realidad, dejando que la realidad sea la que me sorprenda o, con palabras de Heidegger, «dejando ser al ser», dejando que el ser se manifieste y se desvele y no adoptando una postura de preconceptualización del ser; por tanto, cuando dejamos ser al ser, observamos que el ser humano y el ser de la realidad exterior, visible, natural, toda la realidad perceptible por nosotros, incluido el hombre como su mayor exponente y como el vértice de la realidad creada, observamos que la realidad nos sorprende, porque se nos presenta como un misterio, y se nos presenta como misterio porque está dotada de autonomía, pero simultáneamente de heteronomía.

Nos acercamos al conocimiento de la realidad, y por tanto también nos acercamos al misterio cristiano, a la Fe cristiana, con el poder de nuestra razón, con nuestra razón, que deriva de la autonomía del hombre. Una manifestación de la autonomía del hombre es el poder de su

razón. Pero el hombre se da cuenta de que con la razón no llega a la verdad. Llega a descubrir algo del misterio del hombre, algo del misterio del mundo, algo del misterio de Dios. Pero el fondo del hombre, el fondo del mundo y el fondo de Dios, se le ocultan.

El hombre, en virtud de su misma razón, se apercibe de que la realidad es mucho más vasta y más amplia de aquello que el hombre con la razón puede descubrir. Esa es una constante en los grandes pensadores, también en Kant. Sabéis que en el primer Prólogo de la *Crítica de la razón pura* escribe Kant que la mente humana está asediada por preguntas de índole tal que no puede soslayar, porque están conexas con su misma naturaleza, pero que al mismo tiempo no puede responder: *nicht beantworten kann*, dice el texto kantiano. La mente humana estaría asediada por preguntas de índole tal que no puede dejar de plantearse porque están conectadas con el ser de su misma naturaleza, pero que al mismo tiempo no puede responder. Naturalmente, Kant descubrió realmente el misterio. Lo que pasa es que, por la forma por la que él consideraba la razón, no podía salir del lío en el cual se había metido. Kant diagnostica muy bien el problema, pero en virtud de una determinada concepción de la razón, que no voy ahora a explicar aquí, por supuesto, pues se queda dentro del problema y no puede salir del problema. Tal vez por culpa del universo kantiano nuestro Miguel de Unamuno tampoco pudo salir nunca del lío. En el fondo del universo de Miguel de Unamuno está actuando la ratio kantiana «ut talis».

Por tanto, el hombre a través de su razón aborda la realidad, el conocimiento de la realidad, y llega un momento en el cual, como dice Blondel tan perfectamente en *L'Action*, ni puede avanzar ni puede retroceder. No puede avanzar, pero tampoco puede retroceder. No puede avanzar porque, como dice Kant, *nicht beantworten kann*, no puede responder a las preguntas que se formula. Pero tampoco puede retroceder, porque resulta que las preguntas que el hombre se plantea en virtud de su misma razón, son preguntas que están conexas con su misma naturaleza. De tal forma que si el hombre, porque no puede responder a determinadas preguntas, dejara de planteárselas, entonces no sería fiel con las exigencias de su misma naturaleza que le impele a plantearse ese tipo de preguntas fundamentales.

Entonces se abre el universo de la Fe. La Fe sería alienante para el hombre, sería enajenante si adviniese a un hombre, el cual tiene una autonomía tal que es capaz de emitir sobre sí mismo y sobre el mundo la última palabra. Pero el tema es que cuando el hombre se examina y se escudriña bien a sí mismo, se apercibe de que no puede emitir sobre sí mismo la última palabra. Y por tanto, la revelación positiva de Dios, revelación totalmente gratuita y venida desde fuera, es percibida por el hombre no ideologizado, por el hombre que se ha abierto sin «a prioris» a su misterio, es percibida como salvadora.

En virtud de la autonomía del hombre y simultáneamente en virtud de su heteronomía, el hombre se percibe abierto intrínsecamente a una revelación positiva. Será una deconstrucción de la ontología occidental.

Por parte de la Fe cristiana se necesita una aproximación a la modernidad, pero una aproximación crítica, una aproximación destructora, exactamente lo mismo que hizo Tomás de Aquino con el mundo de Aristóteles y con el mundo de Platón, con el mundo antiguo. No se trata de recibir en mi casa de un modo acrítico el pensamiento aristotélico, el pensamiento platónico. Se trata de someterlo a un análisis interno, a un examen filosófico serio. Se trata de discutir sus bases, de aceptar sus valores, es cierto, pero al mismo tiempo, de hacerlo pasar por el Viernes Santo. No se trata de encarnarse en el sentido de asumir acríticamente algo. Hay que

asumir, sí, pero lo mismo que Cristo, una naturaleza en todo semejante al hombre excepto en el pecado. En el diálogo cultural lo mismo.

El gran tema del diálogo de la modernidad, el de la Fe cristiana con la modernidad, es hacerle bajar al hombre moderno la cerviz; hacerle entender que esa autonomía absoluta del ser humano y de la razón humana de la que parte la modernidad es impugnada.

De tal forma que si la Fe cristiana no le dice nada al hombre moderno, como algunas veces se ha dicho, no es por culpa de la Fe cristiana; es por culpa de que el hombre moderno tiene una autoconcepción de sí mismo, tiene una concepción de hombre, de historia, de ser, de mundo, que es intrínsecamente falsa; sencillamente porque parte o atribuye a la realidad una autonomía absoluta que la realidad no tiene.

Los análisis de la Encíclica *Fides et Ratio*, si son importantes de cara al diálogo con la modernidad, lo son aún más de cara al diálogo con la postmodernidad, porque todos sabemos que esa conciencia de absolutez y de autonomía total que tuvo la razón moderna, desde las críticas de la teología y del pensamiento cristiano, pero también desde otros ángulos y desde otras filosofías, esas pretensiones de absolutez, a la razón moderna se le han ido cayendo ya desde el siglo pasado. El hombre de nuestro tiempo es un hombre que ha experimentado en su propia carne la frustración de los metarrelatos modernos. Ha experimentado la frustración de una razón que se pretendió absoluta, que se pretendió hegemónica. Y la frustración ha sido de tal índole que ha hecho de algún modo que la conciencia actual haya pasado a las antípodas respecto a la modernidad.

Los grandes metarrelatos, las grandes construcciones o las grandes cosmovisiones de la era moderna, hechas desde un discurso, desde una razón, presuntamente absoluta, han caído. Y nos encontramos ahora exactamente en las antípodas de la modernidad, nos encontramos en un momento en el cual el espectáculo que se da es el de un hombre caído, el de un hombre que no cree nada en la razón, que ha perdido conciencia hasta de su autonomía legítima. Por tanto, ya no estamos ante Prometeo, estamos ante otra cosa; estamos ante Sísifo o, mejor, estamos ante Narciso. No es ya la cultura de Prometeo, sino la cultura de Narciso.

Frente o ante un hombre que no tiene conciencia ni siquiera de su legítima autonomía, para ese hombre fundamentalmente escribe Juan Pablo II la Encíclica *Fides et Ratio*. Ya no es una Encíclica que se sitúe por ejemplo en la perspectiva del *Syllabus*, pongamos por caso, o en la perspectiva del Concilio Vaticano I, ni siquiera en la perspectiva, aunque recoge algunos planteamientos, del Concilio Vaticano II. Han cambiado los signos de los tiempos. A quien ahora tenemos delante no es a una modernidad rabiosa que, en virtud de una pretendida afirmación de la absoluta hegemonía del hombre, invalida la religión y concretamente la religión cristiana, por cuanto sería un objeto, si no nocivo, por lo menos inservible. Porque el hombre podría decir una palabra definitiva por sí mismo.

La Encíclica está pensada para el hombre roto de estos días. Ese hombre roto que es infiel a la revelación, porque es un hombre quebrado, un hombre al que hay que rescatar, porque ha perdido conciencia incluso de su legítima autonomía.

Pienso que la Encíclica, cuyos presupuestos simplemente he explicado, nos puede hacer a todos un gran bien. Hay que leerla y meditarla con profundidad. En primer lugar, por el tema central que trata, y en segundo lugar, porque la evangelización todos la tenemos que realizar ante el hombre que tenemos delante de nuestros ojos hoy. Un hombre concreto, un hombre muy determinado, un hombre que nace cansado y hastiado de la modernidad, un hombre roto al que

hay que ponerle metas, al que hay que hacerle consciente tantas veces de su dignidad y de su autonomía relativa; al que hay que decir: «levántate y anda, eres algo, no eres un trasto, no puedes dejarte llevar de tus instintos psicofísicos, no eres una masa orgánica, tienes una dignidad derivada de tu condición personal de ser inteligente y libre, capaz de conocer la verdad y abierto a toda la verdad aunque toda la verdad en todos sus pliegues no puedas descubrirla por ti mismo».

Para ese hombre roto al cual tenemos que evangelizar, a ese hombre va dirigida la Encíclica.

Muchas gracias por vuestra gran paciencia.